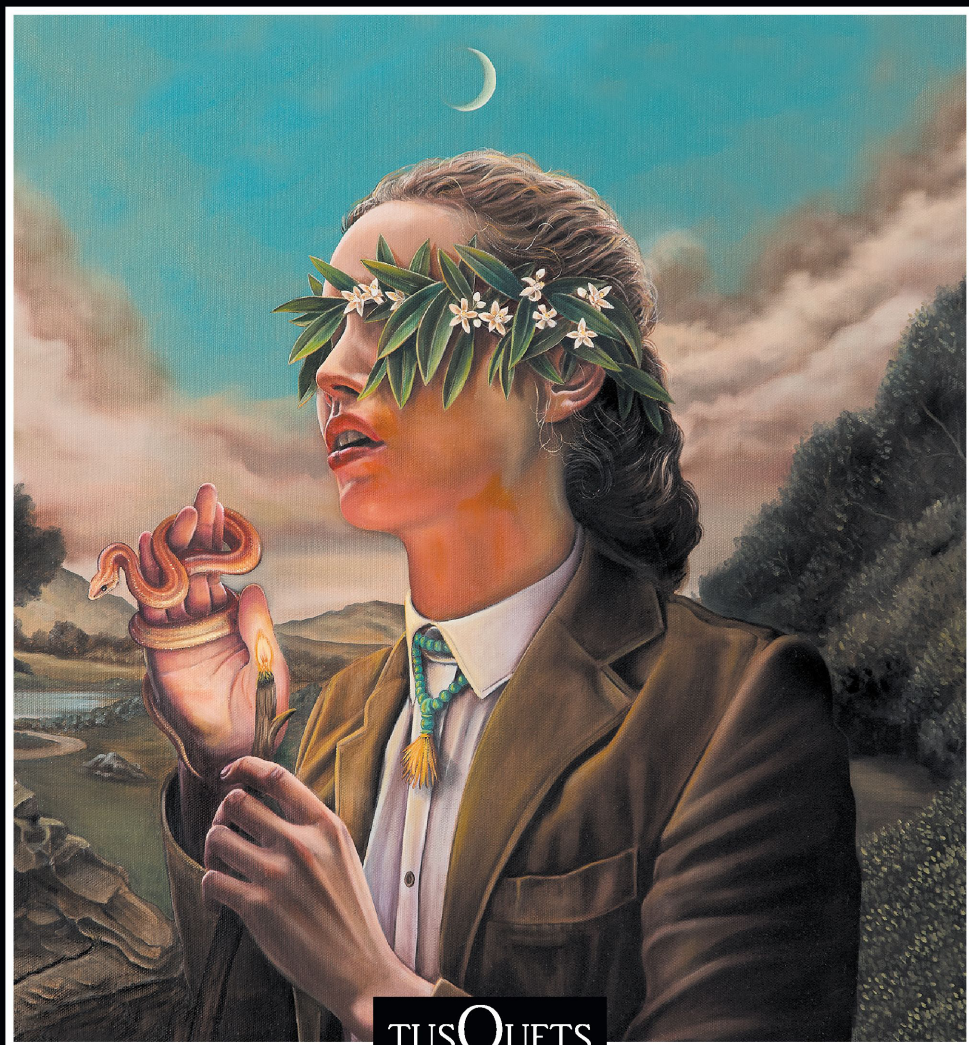


Betina González

OLIMPIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

BETINA GONZÁLEZ
OLIMPIA

TUSQUETS
EDITORES

Es por miedo que todos los días hombres y mujeres se levantan, desayunan, salen al jardín. Es por miedo que aman, tienen hijos, van al teatro. Es la emoción fundamental, la que los mantiene a salvo, alertas, sumando y restando, levantando paredes o componiendo canciones, en vez de quedarse en la cama, ya avanzada la mañana, mientras el resto de los seres del mundo sigue con los ciclos de la vida.

En los humanos, el miedo se aloja en la amígdala, en una zona de la cabeza tan antigua que algunos la llamaron «cerebro reptil», como si sospecharan o más bien temieran un parentesco con las iguanas o las lagartijas. Así que el miedo les lleva siglos de ventaja a la filosofía, a la ciencia o a la medicina. Aunque no a la poesía. Porque por miedo también se dicen palabras, incluso en la oscuridad de una cueva, de un bosque, de un vaso de vino.

No sabemos cuáles fueron las que se dijeron los Ulrich el día que se conocieron en un resort junto al mar, en una ciudad que las revistas llamaban feliz, en

una época en la que esa palabra todavía se asociaba con el oro, los caballos, el casino. Pero sí sabemos que el miedo los atrajo, los hizo agradables, simpáticos, perfectos el uno para el otro.

Lucrecia seguro salía del agua y Mario la miraba desde una silla hundida en la arena bajo el peso de sus ciento dos kilos bien distribuidos en su metro noventa de estatura, sus cuarenta años, su pelo rubio, la barba rojiza. Ella avanzaba hacia él en su traje de baño morado, el mismo que había usado para las fotos. Pero como Mario no leía las revistas de variedades, no tenía idea de que esos cuarenta y ocho kilos, esos veintinueve años, ese cuerpo que podría haberse dedicado a modelar vestidos pertenecían a alguien que llevaba toda la vida saltando desde rocas, acantilados y trampolines de las más variadas alturas.

Algo dijeron. Habrá correspondido a él la iniciativa, porque Lucrecia se había entrenado desde chica para esperar a los hombres (en su familia había quien la censuraba por usar pantalones, manejar a toda velocidad y reírse demasiado fuerte, pero sus transgresiones no iban mucho más allá). Con total justicia, Mario podría haber dicho «aparición», «imposible», «señorita». Pero más probable es que solo dijera «más tarde» en ese tono seco, de mando, que por entonces se consideraba el mejor refugio de los hombres tímidos.

Más tarde fue que se vieron, en la confitería a la que todos iban a comer rosquillas francesas. A Lucrecia le habrá fascinado y también asqueado (porque en toda fascinación hay una advertencia) el modo en que él las engullía como a caracoles, el bigote y la barba moteados de azúcar impalpable. Un poco después, se cruzaron en la rambla, en la que ella estuvo toda una mañana en compañía de sus tías, y en el comedor, donde intercambiaron miradas de mesa a mesa. En verdad no pararon de verse, siempre más tarde y acertadamente, hasta el día de la exhibición que Lucrecia tenía programada en la pileta del hotel. Pero ninguna de esas veces vino el miedo a convencerlos de su mutua simpatía. No fue hasta esa noche, en la oscuridad de la galería frente al mar, que Lucrecia habló de sus primeras rocas y él le contó de sus víboras. Y así fue como el miedo, igual que un amigo que les hubiera armado una cita, llegó para convencerlos de que estaban hechos el uno para el otro.